

CIENCIA E IDEOLOGÍA*

JOSEPH A. SCHUMPETER
Harvard University

I

LOS economistas de hace cien años estaban mucho más satisfechos de su obra que los de hoy. Pero me atrevo a pensar que si la propia complacencia puede alguna vez estar justificada, hay más motivos para sentirnos satisfechos hoy que entonces, o incluso que hace un cuarto de siglo. En cuanto al dominio de los hechos, tanto estadísticos como históricos, esto es tan obvio que no hace falta insistir en ello. Y si esto es cierto del dominio de los hechos, también lo será respecto a todos los sectores cuyo progreso depende fundamentalmente de la investigación de los hechos. He de insistir, no obstante, en que nuestra facultad de análisis ha crecido al paso con el caudal de hechos de que disponemos. Ha surgido un nuevo órgano de métodos estadísticos, hasta cierto punto merced a nuestros propios esfuerzos, que habrá de significar para nosotros tanto como significa para todas las ciencias, como la biología o la psicología experimental, cuyos fenómenos se presentan en términos de una distribución de frecuencia. En respuesta a este desarrollo y junto con él, aunque al mismo tiempo de un modo independiente, la suma de nuestros instrumentos de análisis se ha enriquecido vastamente: la teoría económica, en el sentido instrumental de esta expresión —que no significa ni la enseñanza de fines últimos ni la presentación de hipótesis explicativas, sino simplemente la suma total de los métodos de que disponemos para la

* *The American Economic Review*, vol. xxxix, nº 2, marzo de 1949. Versión española de Cristóbal Lara Beutell.

Joseph A. Schumpeter, insigne maestro de economistas, falleció el 8 de enero de 1950 en Taconic, Conn., EE. UU. El presente discurso, pronunciado por él, a fines de 1948, durante la LXI Reunión Anual de la American Economic Association, fué uno de sus últimos trabajos, característico de la profundidad y amplitud de sus conocimientos, que siempre aplicó a temas fundamentales del economista.

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

interpretación de los hechos— ha crecido tanto como lo previeron Marshall y Pareto.

Si no se reconoce así más en general y si los economistas, y ni qué decir la generalidad del público, se sienten obligados a juzgar peyorativamente el estado de nuestra ciencia, débese a varias causas que, aunque bien conocidas, conviene repetir: un edificio en construcción, al cual se le están arrancando viejas estructuras y erigiendo otras nuevas, no es ciertamente un espectáculo estético; es más, las nuevas estructuras están siendo desacreditadas, en el más desalentador grado, al intentar darles prematuramente una aplicación utilitaria; por último, las áreas en construcción se ensanchan de tal manera que al trabajador individual le resulta imposible comprender lo que sucede más allá de su propio y pequeño sector. Sería verdaderamente difícil presentar en forma sistemática, como Smith, Mill y Marshall lo hicieron con más o menos éxito, un amplio tratado que exhiba cierta medida de unidad y merezca una aprobación general, si no universal. Así, aunque los que laboran en cada sector no estén ni con mucho descontentos con lo que están realizando, seguramente no aprueban la forma en que los demás sectores realizan sus obras, o incluso niegan que valga la pena preocuparse por ellas. Y esto es lógico. Se requieren muchos tipos de mentalidad para erigir la estructura del conocimiento humano, tipos que nunca acaban por entenderse del todo. La ciencia es técnica y cuanto más se desarrolle, más rebasará el radio de comprensión, no sólo del público, sino del mismo investigador, a menos que se trate del campo por él elegido. En cierta forma, esto mismo sucede en todos los campos, si bien, en la física, una mayor uniformidad de preparación y una mayor disciplina tal vez reduzcan el tumulto a algo semejante al orden. Sin embargo, como todo el mundo sabe, hay otra fuente de confusión y otra barrera que salvar: la mayoría de nosotros, no contentos con la labor científica, cedemos al llamado del deber público y al deseo de servir al país y a la época, y, al hacerlo así, incor-

poramos a la obra nuestras escalas particulares de valores, nuestras políticas y nuestra política —la suma de nuestra personalidad moral hasta el extremo de nuestras ambiciones espirituales.

No quiero abrir de nuevo la vieja discusión sobre los juicios de valor o sobre la defensa de los intereses de grupo. Por el contrario, es esencial a mis fines destacar que *en sí misma*, la realización científica no requiere que nos desprendamos de nuestros juicios de valor o renunciemos al título de abogados de determinado interés particular. Investigar hechos o crear instrumentos para hacer tal investigación es una cosa; evaluarlos desde cierto punto de vista moral o cultural es, *en lógica*, otra cosa distinta, y ambas no tienen *necesariamente* que entrar en conflicto. Del mismo modo, el abogado de determinado interés puede, no obstante, realizar una labor analítica honesta, y el motivo por el que prueba un punto en bien del interés al que se mantiene fiel no prueba nada en favor ni en contra de ese trabajo analítico: en suma, la defensa no entraña mentira. No procede correctamente quien deforma los hechos o las inferencias que de éstos se desprenden para hacerlos servir a un ideal o un interés. Pero tal conducta no es inherente ni al hecho de argumentar partiendo de “premisas axiológicas” ni a la defensa *per se*.¹ Abundan los ejemplos de economistas que han fundado principios cuyas inferencias eran contrarias a sus simpatías. Para citar un solo caso: establecer la consistencia lógica de las condiciones (ecuaciones) descriptivas de una economía socialista, parecerá

¹ Creemos que el anterior pasaje es de por sí bastante claro. Sin embargo, no está de más hacer más explícito su significado. La mala conducta en cuestión consiste, como hemos dicho, en “deformar los hechos o la lógica con objeto de ganar un punto, bien por un ideal o por un interés”, *independientemente de que el escritor declare o no su preferencia por la causa que defiende*. Aparte de esto, tal vez sea una práctica sana exigir que todo el mundo enuncie de modo explícito sus “premisas axiológicas” o el interés que intenta defender, siempre que no sean obvias. Pero éste es un requisito adicional que no ha de confundirse con el nuestro.

a casi todo el mundo equivalente a ganar un punto para el socialismo; sin embargo, tal consistencia fué establecida por Enrico Barone, un hombre que, a despecho de cualquier otra cosa que haya podido ser, no fué precisamente un simpatizante de los ideales o de los grupos socialistas.

Pero hay en nuestras mentes ideas preconcebidas acerca del proceso económico que son mucho más peligrosas al desarrollo acumulativo de nuestro conocimiento y al carácter científico de nuestros empeños analíticos, porque parecen estar fuera de nuestro dominio en un sentido en que no lo están los juicios de valor y las posiciones de defensa de intereses especiales. Aunque en su mayoría están unidas a estas últimas, merecen ser separadas de ellas y estudiarse independientemente. Las llamaremos ideologías.

II

La palabra *idéologie* era de uso corriente en Francia hacia fines del siglo XVIII y en la primera década del XIX y entrañaba algo muy parecido al significado de la *moral philosophy* escocesa del mismo tiempo, y aun de tiempo anterior, o al de nuestra propia ciencia social en esa acepción lata del término que incluye a la psicología. Napoleón la dotó de un significado vejatorio al hacer mofa de los *idéologues* —soñadores doctrinarios sin ningún sentido de las realidades de la política—. Más tarde se la usó en el mismo sentido en que es frecuente usarla hoy, para denotar sistemas de ideas, es decir, en una forma en que se pierde nuestra distinción entre ideologías y juicios de valor. Nada tenemos que ver con estos o con cualesquiera otros significados, excepto con uno cuya más fácil introducción tal vez la halleemos refiriéndonos al “materialismo histórico” de Marx y Engels. Conforme a esta doctrina, la historia está determinada por la evolución autónoma de la estructura de la producción: la organización política y social, las religiones, la mo-

ral, las artes y las ciencias son simples “superestructuras ideológicas”, generadas por el proceso económico.

No es necesario, ni posible, examinar los méritos y deméritos de esta concepción como tal,² que tiene una sola característica pertinente a nuestros fines. Esa característica es la que, a través de diversas transformaciones, ha llegado a convertirse en una sociología de la ciencia del tipo que se asocia a los nombres de Max Scheler y Karl Mannheim. Hasta mediados del siglo xix la evolución de la ciencia había sido considerada como un proceso puramente intelectual, como una sucesión de exploraciones del universo empíricamente conocido, o, por así decir, como un proceso de prolijamiento de descubrimientos o ideas analíticas cuyo desarrollo influía sin duda en la historia social y era influido por ésta en diversos modos, conforme a una ley propia. Marx fué el primero en convertir esta relación de interdependencia entre la “ciencia” y otros campos de la historia social en una relación de dependencia de la primera respecto a los datos objetivos de la estructura social y, en particular, respecto a la situación social de los científicos, situación que, según él, determina la concepción que éstos tienen de la realidad y, por tanto, lo que ven y cómo lo ven. Esta especie de relativismo —que, por supuesto, no ha de confundirse con ninguna otra clase de relativismo—³ llevado rigurosamente a sus consecuencias lógicas revela una nueva filosofía de la ciencia y una nueva definición de la verdad científica. Incluso en las matemáticas y en la

² En particular, su aceptación no es requisito indispensable de la validez del argumento que ha de seguir y que pudo haberse expuesto de otro modo. Hay, sin embargo, ciertas ventajas en comenzar con una doctrina que nos es familiar a todos y cuya sola mención basta para despertar en la mente del auditorio ciertas nociones esenciales en un mínimo de tiempo.

³ A no ser porque hay antecedentes de esta confusión en la literatura filosófica moderna, como me fué señalado por el profesor Philipp Frank, consideraría como un insulto a la inteligencia de mis lectores tener que destacar que, en particular, esta clase de relativismo nada tiene que ver con la relatividad einsteiniana.

lógica, y aun más en la física, la elección y el enfoque que el científico da a los problemas, y por consiguiente el módulo del pensamiento científico de una época, resultan condicionados socialmente, que es precisamente lo que queremos indicar al referirnos a la ideología científica, en vez de a la percepción cada vez más perfecta de las verdades científicas objetivas.

Sin embargo, pocos serán los que nieguen que en el caso de la lógica, de las matemáticas y de la física, la influencia del fondo ideológico no rebasa la elección de los problemas y de los métodos de abordarlos; es decir, que la interpretación sociológica no deturpa, por lo menos en los últimos dos o tres siglos, la "verdad objetiva" de los resultados. Esta verdad científica puede ser negada, y generalmente lo es, por otras causas, pero no basadas en que determinado principio sólo sea válido en relación con el estado social de los hombres que lo formularon. Por lo menos hasta cierto punto, esta situación favorable débese al hecho de que la lógica, las matemáticas, la física y otras ciencias, tratan de experiencias que son en gran medida invariantes al estado social del observador y prácticamente invariantes al cambio histórico: para el capitalista y para el proletariado, una piedra que cae es la misma cosa. Las ciencias sociales no comparten esta ventaja. Es posible, o al menos lo parece, discutir sus resultados, no sólo sobre todas las bases por razón de las cuales pueden discutirse los principios de todas las ciencias, sino también sobre la base adicional de que no representan sino la filiación de clase del autor y de que, sin referencia a tales filiaciones, no caben las categorías de cierto o falso, ni, por consiguiente, el concepto de "progreso científico". Así pues, adoptamos la expresión ideología o fondo ideológico sólo para este estado de cosas —real o supuesto—, y nuestro problema reside en averiguar la medida en que tal fondo ideológico es o ha sido parte en el desarrollo de lo que, tal vez equivocadamente, podríamos llamar economía científica.

CIENCIA E IDEOLOGÍA

El elemento ideológico puede admitirse en medidas muy variables. En verdad, unos cuantos autores han negado que en economía exista algo así como la acumulación de un conjunto de hechos "correctamente" observados y principios "verdaderos". Pero igualmente pequeño es el grupo de los que niegan por completo la influencia ideológica. La mayoría de los economistas está entre esos extremos: están bien dispuestos a admitir su presencia, aunque, como Marx, sólo la encuentran en otros y nunca en sí; pero no admiten que es una maldición ineludible que vicia a la economía hasta su médula. Es precisamente esta posición intermedia la que plantea nuestro problema. *Porque las ideologías no son simples mentiras*; son enunciados verdaderos de lo que alguien cree ver. Así como el caballero medieval se contemplaba a la luz que deseaba, y así como el burócrata moderno hace lo mismo, y ambos dejaban y dejan de ver cualquier cosa que pueda aducirse para que no se consideren como defensores del desvalido y abogados del bien común, así también los demás grupos sociales desarrollan una ideología protectora que es todo menos insincera. Por hipótesis, no somos conscientes de nuestras racionalizaciones; ¿cómo es entonces posible que las reconozcamos y nos preservemos de ellas?

Pero, antes de continuar, quisiera repetir que me refiero a la ciencia, que es una técnica cuyos resultados, junto con juicios de valor o preferencias, originan recomendaciones aisladas o sistemas de recomendaciones, tales como lo son el mercantilismo, el liberalismo y otros. No me refiero a esos juicios de valor y a esas recomendaciones en sí. Convengo por completo con quienes mantienen que los juicios sobre valores finales —acerca del bien común, por ejemplo— rebasan el radio del científico, salvo como objeto de estudio histórico; que son ideologías por naturaleza y que el concepto de progreso científico puede aplicárseles sólo en la medida en que se perfeccionen los medios que habrán de llevarlos a la práctica. Comparto la convicción de que es absurdo afirmar que el mundo

de ideas del liberalismo burgués sea “superior”, en cualquier sentido significativo, al mundo de ideas de la Edad Media, o que el del socialismo lo sea respecto al del liberalismo burgués. Antes bien, creo que no hay más causa que la preferencia personal para decir que nuestras líneas políticas contienen más sabiduría o conocimiento que las de los tudores o los estuardos o —lo mismo da— las de Carlomagno.

III

En cuanto comprendemos la posibilidad del sesgo ideológico, no es difícil situarlo. Para eso bastará con escrutar el procedimiento científico. Este parte de un conjunto de fenómenos interrelacionados que deseamos analizar y termina —de momento— en un modelo científico en el cual se conceptúan esos fenómenos y se formulan explícitamente las relaciones que los unen, bien como supuestos o como proposiciones (teoremas). Esta presentación primaria tal vez no satisfaga al lógico, pero es todo lo que precisamos para nuestra búsqueda del sesgo ideológico.

Habrán de observarse dos cosas. Primero, que la percepción de un conjunto de fenómenos interrelacionados es un acto precientífico. Para que nuestra mente tenga algo sobre lo cual ejercer el trabajo científico, ha de realizarse esa percepción —indicando, por ejemplo, el objeto de investigación—, pero tal percepción no es científica en sí. Aun siendo precientífica, no es preanalítica. No consiste simplemente en percibir los hechos por uno o más de nuestros sentidos. Ha de percibirse que esos hechos poseen una significación o sentido que justifica nuestro interés en ellos y ha de comprenderse además su interrelación —de modo que podamos separarlos de otros—, lo cual entraña la realización de cierto análisis por nuestra imaginación o sentido común. A esta mezcla de percepciones y análisis precientíficos le llamaremos visión o intuición del investigador. En la práctica, por supuesto, casi nunca

partimos de la nada, y de esta suerte el acto precientífico de visión no es enteramente nuestro. Partimos de la obra de nuestros predecesores o contemporáneos o, si no, de ideas que flotan en la mente pública. En este caso, nuestra visión contendrá también por lo menos algunos resultados de un análisis científico anterior. Sin embargo, este compuesto nos es dado y existe antes de que iniciemos nosotros mismos la labor científica.

En segundo lugar, si he identificado con un “modelo en construcción” el análisis científico que actúa sobre el material brindado por la visión, he de añadir de inmediato que intento dar al término “modelo” un significado muy amplio. El modelo económico explícito de nuestros días y los modelos análogos de otras ciencias son, por supuesto, producto de etapas avanzadas de la labor científica. Sin embargo, en esencia, no contienen nada que no esté presente en las anteriores formas de la obra analítica, de la que, en consecuencia, puede decirse que ha desembocado, con cada investigador particular, en modelos primitivos, fragmentarios e ineficaces. Esa obra consiste en observar ciertos hechos en vez de otros distintos; en definirlos mediante la clasificación; en acumular nuevos hechos con objeto no sólo de complementar los originalmente clasificados, sino de reemplazarlos; en formular y mejorar las relaciones percibidas; en suma, en investigación “fáctica” y “teórica” que se sucede en una cadena sin fin en la cual los hechos sugieren nuevos instrumentos analíticos (teorías), y éstas, a su vez, nos llevan al reconocimiento de nuevos hechos. Esto es tan válido cuando el objeto de nuestro interés es una investigación histórica como cuando intentamos “racionalizar” la ecuación de Schrödinger, si bien en determinados casos la labor de búsqueda de datos, o la labor de análisis, puede dominar en tal forma a la otra que casi la elimine por completo. Tal vez los maestros intenten aclararle este concepto a sus alumnos hablándoles de la inducción y de la deducción, e incluso contraponiéndolas, creando con eso problemas espú-

reos. Lo esencial, sea cual fuere la interpretación que le demos, es la cadena sin fin entre el concepto claro y la conclusión convincente, por una parte, y el nuevo hecho y la exposición de su variabilidad, por otra.

Ahora bien, en cuanto hemos realizado el milagro de saber lo que no podemos saber, esto es, la existencia de un sesgo ideológico dentro de nosotros mismos y en los demás, podemos atribuirlo a una sola fuente. Esta fuente está en la visión inicial de los fenómenos que intentamos someter al tratamiento científico. Pues este tratamiento en sí está bajo un dominio objetivo, en el sentido de que siempre es posible establecer si determinado postulado es, en relación con un estado dado de conocimiento, probable, refutable, o ni lo uno ni lo otro. Por supuesto que tal cosa no excluye ni el error honesto ni la falsedad premeditada. No excluye tampoco las percepciones engañosas de muy diversos tipos. Pero permite la exclusión de esa clase especial de percepción engañosa a la que hemos llamado ideología, porque el criterio que entraña es indiferente a toda ideología. Por el contrario, la visión original no está bajo tal dominio. En ella, los elementos que satisfarán las pruebas de análisis son, por definición, indistinguibles de aquellos que no las satisfarán, o dicho de otro modo (puesto que admitimos que las ideologías *pueden* contener verdades susceptibles de probarse hasta en un ciento por ciento), la visión original es por naturaleza ideología y puede contener cualquier cantidad de percepciones engañosas atribuibles al estado social del hombre, a la luz en que quiere verse él mismo o en que quiere ver a su propio grupo o clase o a sus contrarios. Esto debe aplicarse también a peculiaridades de sus puntos de vista relacionadas con sus gustos y condiciones personales y que no guardan connotaciones de grupo —hay incluso una ideología de la mentalidad matemática, así como una ideología de la mentalidad que es alérgica a las matemáticas.

Tal vez convenga formular de nuevo nuestro problema antes de entrar al examen de ejemplificaciones. Puesto que la fuente de la ideología es nuestra visión precientífica y extracientífica del proceso económico y de lo que —casual o teleológicamente— es en él importante, y puesto que normalmente esta visión es sometida entonces al tratamiento científico, resulta comprobada o destruída por el análisis, y debe, en cualquier caso, quedar eliminada como tal ideología. ¿En qué medida, pues, deja ésta de desaparecer como debiera? ¿Hasta dónde mantiene su terreno ante una evidencia adversa creciente? ¿Y hasta qué punto vicia nuestro procedimiento analítico de tal modo que, en fin de cuentas, nos deja todavía con un conocimiento dañado por ella?

Es claro, desde el principio, que hay un vasto espacio en el cual debe haber tan poco peligro de corrupción ideológica como en la física. Una serie cronológica de la inversión bruta en la industria manufacturera puede ser buena o mala, pero por lo general, cualquiera puede averiguar si es lo uno o lo otro. El sistema de Walras, *tal como es*, puede o no admitir un conjunto único de soluciones, pero esta admisión o no admisión es objeto de comprobación exacta que toda persona calificada puede repetir. Las cuestiones de este tipo tal vez no sean las más fascinantes o las de más urgente solución, pero constituyen el grueso de lo que es específicamente científico en nuestra obra. Y de un modo lógico, aunque no siempre de hecho, son neutrales a toda ideología. Es más, su esfera se ensancha a medida que progresa nuestro conocimiento del trabajo analítico. Hubo época en que los economistas creían ganar o perder un punto para el obrero si defendían la teoría trabajo del valor y combatían la teoría de la utilidad marginal. Podría probarse que, en cuanto atañe a cuestiones ideológicas pertinentes, en realidad eso importa tan poco como importó la sustitución de esa última teoría por el método de las curvas de indiferencia o la sustitución de éstas por un simple postulado de compatibilidad (Sa-

muelson). No dudo que todavía hay quien encuentra en el análisis de la productividad marginal algo inconsecuente con su propia concepción. Sin embargo, puede probarse que el aparato puramente formal de tal análisis es compatible con la concepción que cualquiera tenga de la realidad económica.⁴

IV

Busquemos los elementos ideológicos de tres de las estructuras más trascendentales del pensamiento económico: las obras de Adam Smith, de Marx y de Keynes.

En el caso de Adam Smith, lo interesante, más que nada, no es la ausencia, sino lo inocuo del complejo ideológico. No me refiero a su sabiduría respecto a la vida práctica, aplicable a su tiempo y a su país, porque —no estará de más repetirlo— las preferencias y recomendaciones políticas de un hombre, como tales, están totalmente fuera de la esfera de mis observaciones, o, más bien, sólo penetran esa esfera en la medida en que lo hace el análisis teórico y práctico que se presenta en favor de aquéllas. Me refiero, de un modo exclusivo, a esa labor analítica en sí —sólo a sus indicativos, no a sus imperativos—. Entendido esto, la primera cuestión que se plantea es qué clase de ideología hemos de atribuirle. Procediendo

⁴ La opinión expuesta a veces en contrario ha de atribuirse a las versiones simplificadas de la teoría de la productividad marginal que sobreviven en los libros de texto y que no toman en cuenta todas las restricciones a que están sujetas en la vida real las funciones de producción, en especial cuando se trata de empresas para las cuales determinados datos técnicos son, de momento, inalterablemente fijos; del mismo modo en que la mecánica elemental no considera las complicaciones que surgen en cuanto se suprime el supuesto simplificador de que las masas de los cuerpos están concentradas en un solo punto. Pero una teoría de la productividad marginal que tome en cuenta las restricciones que, aun en competencia pura, impiden que los factores se retribuyan según sus respectivas productividades marginales, sigue siendo, a pesar de todo, una teoría de la productividad marginal.

conforme al principio marxista, observaremos su situación social, esto es, su filiación de clase personal y ancestral, y además, la connotación de clase que haya formado o haya contribuido a formar lo que hemos llamado su visión. Era un *homo academicus* que pasó a la administración pública. Su gente era más o menos de un tipo parecido: su familia, no pobre, pero tampoco rica, mantenía cierto nivel de educación y pertenecía a un grupo bien conocido en la Escocia de sus días. Sobre todo, no pertenecía a la clase mercantil. Su visión general de las cosas sociales y económicas reproduce ese estado de cosas a la perfección. Contemplaba el proceso económico de su tiempo con una fría visión crítica e, instintivamente, buscaba una explicación mecánica en vez de factores personales explicativos —tales como la división del trabajo—. Su actitud frente a las clases terrateniente y capitalista fué la actitud del observador objetivo, y dejó sentado bien claro que consideraba al terrateniente (el propietario “rapaz” que cosecha donde no ha sembrado) innecesario y al capitalista (que alquila “gente laboriosa” y la provee de subsistencias, materias primas e instrumentos de trabajo) como un mal necesario. Esta última necesidad nacía de la virtud de la frugalidad, cuya apología arranca del fondo de su alma escocesa. Además, sus simpatías estaban totalmente con el trabajador “que viste a todo el mundo y él mismo se cubre de harapos”. Añádase a esto la aversión que —como todo su grupo— sentía hacia la ineptitud de la burocracia inglesa y la corrupción de los políticos y quedará integrada prácticamente toda su visión ideológica. Si bien no puedo detenerme a demostrar en qué medida todo eso explica el panorama trazado por Smith, debo destacar que el otro elemento de esa visión, o concepción, la filosofía del derecho natural absorbida por él en su edad formativa y producto, a su vez, de hombres en igual forma condicionados, influyó en el fondo ideológico del cual había él de sacar escritos semejantes; la libertad natural de acción, el derecho del trabajador al producto íntegro de su trabajo, el raciona-

lismo individualista, etc., todo eso le fué enseñado antes de que se desarrollaran sus facultades críticas, pero apenas era necesario enseñárselo, porque brotaba “naturalmente” en el aire que respiraba. Pero, y éste es el punto de verdadero interés, toda esa ideología, por más fuertemente arraigada que estuviera, en verdad no dañó gran cosa su obra científica. A menos que busquemos en él la sociología económica,⁵ recibimos una sólida enseñanza realista y analítica que sin duda lleva consigo la influencia de su época, pero a la cual no puede imputársele parcialidad ideológica. Hay una especie de follaje semifilosófico que puede removérsele sin dañar el razonamiento científico. El análisis que sustenta sus conclusiones librecambistas condicionadas no se basa —como en algunos filósofos coetáneos, tales como Morellet— en el principio de que el hombre es por naturaleza libre de comprar y vender donde le plazca. Dice que el producto (total) es la compensación natural del trabajo, pero en ninguna parte emplea tal postulado con fines de análisis; en todas partes la ideología se consume en verbalismo y retrocede ante la investigación científica. En cierto modo, éste fué su gran mérito: era, sobre todo, escrupulosamente responsable, y su sobrio sentido común le daba el respeto por los hechos y por la lógica. En parte fué una circunstancia afortunada: poco importa que hayamos de rechazar su análisis como la *psicología* que intentaba ser, si al mismo tiempo ha de retenérsele como un esquema *lógico* de la conducta económica —ya más de cerca, el *homo æconomicus* (en tanto que pueda o no atribuirse al autor de la *Teoría de los sentimientos morales* ese concepto) resulta en fin de cuentas un muy inofensivo hombre de paja.

Marx fué el economista que descubrió la ideología para nosotros y que comprendió su naturaleza. Cincuenta años antes de Freud, tal cosa es una realización de primer orden. Pero, por extraño que

⁵ Incluso en ese campo, según me recuerda el profesor E. Hamilton, hay más que alabar que repudiar.

parezca, era totalmente ciego a sus peligros en cuanto le afectaban a él mismo. Sólo los demás, el economista burgués y los socialistas utópicos, eran víctimas de la ideología. Al mismo tiempo, la índole ideológica de sus premisas y el aspecto ideológico de su razonamiento son palpables en todas partes. Hasta algunos de sus partidarios (por ejemplo, Mehring) lo reconocen. Fué un burgués radical que había roto con el radicalismo burgués. Formado en la filosofía alemana, no se descubrió como economista profesional hasta después de los cuarenta años. Pero ya por entonces, esto es, *antes* de haber empezado su trabajo analítico serio, su visión del proceso capitalista había plasmado, y su obra científica habría de complementarla, no de corregirla. No fué original de él. Penetró los círculos radicales de París y puede encontrársela en varios autores del siglo XVIII, por ejemplo en Linguet.⁶ La historia concebida como una lucha de clases definidas como poseedoras y desposeídas, la explotación de la una por la otra, la riqueza creciente del número reducido de poseedores y la miseria siempre en ascenso de los desposeídos, moviéndose todo con inexorable necesidad hacia una explosión espectacular, tal fué la visión entonces concebida con energía apasionada y que más tarde había de trabajarse, tal como una materia prima, por medio de los instrumentos científicos de su tiempo. Esa visión entraña un número de postulados que no resisten la prueba de los instrumentos analíticos. Y, en verdad, a medida que su obra analítica maduraba, Marx no sólo elaboró muchas piezas de análisis científico neutrales respecto a esa visión, sino también algunas otras que no encajaban bien con ésta —por ejemplo, dejó de lado las teorías de las crisis del tipo de las de subconsumo y de sobreproducción que parecía haber aceptado en un principio y cuyas huellas, para enigma de sus intérpretes, quedaron en todos

⁶ Ver en especial S. N. H. Linguet, *La théorie des lois civiles* (1767) y el comentario que hace Marx de él en *Teoría de la plusvalía* (México, Fondo de Cultura Económica, 1945), vol. 1, pp. 55-60.

sus escritos. Introdujo otros resultados de su análisis sirviéndose para ello del artificio de retener el postulado original —ideológico— como una ley “absoluta” (esto es, abstracta), al tiempo que admitía la existencia de fuerzas que actuaban en sentido contrario y causaban desviaciones de los fenómenos en la vida real. Por último, parte de su concepción se refugió en una fraseología vituperante que no afecta a los elementos científicos de la argumentación. Por ejemplo, cierta o falsa, su teoría de la “plusvalía” como explotación es un caso genuino de análisis teórico. Pero todas las ardientes frases sobre la explotación podían haber ido igualmente bien con otras teorías, entre ellas la de Böhm-Bawerk. Imaginemos a Böhm-Bawerk en el lugar de Marx; nada le habría sido más fácil que verter denuestos sobre la práctica infernal de robar trabajo deduciendo de su producto un descuento-tiempo.

Pero algunos de los elementos de su visión original —en particular, la miseria creciente de las masas, que era lo que habría de aguijonearlas hacia la revolución final—, siendo insostenibles, le eran al mismo tiempo indispensables. Estaban demasiado ligados con el significado más recóndito de su mensaje, demasiado arraigados en el significado mismo de su vida, para que pudiera descartarlos. Es más, eran esos elementos los que atraían partidarios y despertaban su ferviente fidelidad. Son ellos los que explican el efecto organizante —el efecto creador de partido— de lo que sin ellos habría sido viejo e inanimado. Y así contemplamos en este caso la victoria de la ideología sobre el análisis: consecuencia de una visión o concepción que se convierte en credo social y con ello esteriliza el análisis.

La visión de Keynes —la fuente de todo lo que ha sido y es identificado más o menos definitivamente como keynesiano— apareció por vez primera en unos cuantos párrafos llenos de ideas de la introducción a las *Consecuencias Económicas de la Paz* (1920). Esos párrafos crearon la idea moderna del “estancamiento” —de vez

en cuando, muchos economistas habían expresado antes que él inclinaciones o actitudes de esta índole, a partir de *Britannia Languens* (1680)— e indican sus características esenciales, las de una sociedad capitalista madura y arterioesclerósica que quiere ahorrar más de lo que sus oportunidades cada vez menores de inversión pueden absorber. Esa visión nunca se desvaneció —podemos hallarla en su escrito sobre *Reforma Monetaria* y en otros trabajos—, pero al ocupar su atención en otros problemas por el año veinte, no fué complementada analíticamente hasta mucho después. D. H. Robertson, en su *Banking Policy and the Price Level*, presentó algo que equivale a una realización parcial de la idea del ahorro abortivo. Pero en Keynes esta idea continuó siendo una cuestión secundaria, incluso en su *Treatise on Money*. Tal vez fué el efecto producido por la crisis mundial el que rompió definitivamente las ataduras que le impedían expresar plenamente lo suyo. Sin duda, fué el choque causado por la crisis mundial el que creó el público adecuado para recibir un mensaje de esa índole.

De nuevo fué la ideología —la visión de un capitalismo en decadencia que situaba (*veía*) la causa de ésta en uno de los muchos factores de la sociedad actual— la que interesó y ganó la jornada, y no la realización analítica por medio del libro de 1936, que por sí sólo, y sin la protección que encontró en el gran interés causado por la ideología, habría sufrido una crítica mucho más acerba que la que se le dirigió casi de inmediato. Sin embargo, el aparato conceptual era obra no sólo de una mentalidad brillante, sino también madura —de uno de los tres marshallianos que habían recibido más de cerca las enseñanzas del sabio—. En toda la tercera década, Keynes era y sentía ser un marshalliano y, si bien más tarde renunció dramáticamente a esta fe, jamás se desvió de la línea marshalliana más de lo estrictamente necesario para defender su punto. Continuó siendo lo que ya había llegado a ser por 1914, un maestro del arte de los teóricos, y así pudo darle a su concep-

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

ción una armadura que impidió que muchos de sus partidarios observaran el elemento ideológico de ella. Por supuesto, esto facilita la absorción de la contribución keynesiana en la corriente de la obra analítica. No hay principios realmente nuevos que absorber. La ideología del equilibrio de subempleo y del no-gasto —término de uso preferible a ahorro— está incorporada en unos cuantos supuestos restrictivos que destacan ciertos factores (hipotéticos o reales). Éstos cada cual puede tomarlos como mejor le parezca, y en lo demás proseguir su camino. Se reducen así las controversias keynesianas al nivel de la ciencia técnica. Faltándole apoyo institucional, el “credo” se ha desvanecido con la situación que lo hizo parecer convincente. Ni el más leal de los McCulloch de nuestros días está obligado a derivar hacia una de esas posiciones de las cuales es difícil decir si entrañan renunciación, reinterpretación o mala inteligencia del mensaje original.

V

Nuestros ejemplos tal vez sugieran que las ideas situadas fuera del dominio analítico juegan su papel exclusivamente en el reino de esas anchurosas concepciones del proceso económico total que constituyen el fondo del cual surge el esfuerzo analítico y del que nunca logramos dominar más que segmentos. Esto, desde luego, es en cierta medida cierto: el grueso de la labor de investigación trata puntos que conceden menos alcance a la mera visión y que están dominados de un modo más estricto por comprobaciones objetivas. Pero no siempre es así. Tomemos, por ejemplo, la teoría del ahorro que aparece como una parte del sistema keynesiano pero que, en la teoría y en la práctica, puede también tratarse por sí sola. Desde la época de Turgot y Smith —de hecho desde mucho antes— hasta la época de Keynes, todos los postulados fundamentales sobre su naturaleza y efectos se han reunido —por lenta acrecencia— de tal suerte que ante el mayor cúmulo de hechos de que disponemos

hoy apenas debería quedar lugar para diferencias de opinión. Debiera ser fácil trazar un análisis sumario (aunque tal vez no muy atractivo) aceptable para la mayoría de los economistas profesionales como cosa dada. Pero existe, y siempre ha existido, una prédica laudatoria o vituperativa sobre el tema que, asistida por tretas terminológicas tales como la confusión entre ahorro y no-gasto, ha logrado producir un falso antagonismo entre los autores. Las diferencias doctrinales muy agudas, cuando no se basan en los hechos o en el análisis, indican siempre, aunque por sí solas no lo demuestren, la presencia de un fondo ideológico en uno o en ambos lados —que en este caso procede de diferentes actitudes frente al plan burgués de vida.

Otro ejemplo de ideología seccional de este tipo lo hallamos en la actitud de muchos, probablemente la mayoría, de los economistas hacia cualquier cosa que se relacione de algún modo con el monopolio (oligopolio) o con la fijación cooperativa de los precios (colusión). Tal actitud no ha cambiado desde los tiempos de Platón y Molina, aunque ha adquirido un significado parcialmente nuevo bajo las condiciones de la industria moderna. Hoy como ayer, la mayoría de los economistas suscribirían el fallo de Molina: *monopolium est injustum et rei publicae injuriosum*. Pero lo que interesa a mi razonamiento no es este juicio de valor (uno puede repudiar la empresa moderna en gran escala del mismo modo que repudia muchas otras características de la civilización moderna), sino el análisis que conduce a él y la influencia ideológica que tal análisis presenta. Cualquiera que haya leído los *Principios* de Marshall, y aun más, quienquiera que haya leído también su *Industry and Trade*, ha de saber que entre los innumerables módulos cubiertos por aquellos vocablos, hay muchos que originan beneficio y no perjuicio a la eficiencia económica y al interés del consumidor. Un análisis más moderno permite mostrar aun con mayor claridad que ningún fallo puede ser cierto para todos ellos; y que la sola consi-

deración de tamaño, o el hecho de ser vendedor único, o haber discriminación y determinación cooperativa de precios, es de por sí una base inadecuada para afirmar que el funcionamiento resultante es, en cualquier sentido significativo, inferior al que podría esperarse en las condiciones factibles en una situación de competencia pura —en otras palabras, que el análisis económico no ofrece material en apoyo de la repudiación *indiscriminada* de los *trusts* y que tal material debe buscarse en las circunstancias particulares de cada caso. Sin embargo, son muchos los economistas que apoyan tal repudiación *indiscriminada* y lo más interesante es que los entusiastas defensores de la iniciativa privada figuran destacadamente entre aquéllos. Suya es la ideología de una economía capitalista que cumpliría sus funciones sociales de modo admirable a no ser por el monstruo del monopolio u oligopolio que ensombrece una escena en otro caso luminosa. Ante ellos nada valen los argumentos acerca de la operación de la empresa en gran escala, la inevitabilidad de su surgimiento, el costo social que representa la destrucción de las estructuras existentes, y sólo logran como respuesta la indignación más sincera y manifiesta.

Por más que los hayamos prodigado, nuestros ejemplos, aunque ilustran bastante bien lo que es la ideología, son del todo insuficientes para darnos una idea del alcance de su influencia. Ésta no se exhibe en ninguna parte con más fuerza que en la historia económica, la cual muestra las huellas de las premisas ideológicas con tanta claridad precisamente porque rara vez se formulan en tantas palabras, y, por consiguiente, rara vez se les recusa. El tema del papel que ha de atribuírsele en el desarrollo económico a la iniciativa de los gobiernos, la política y las medidas de política, nos proporciona un ejemplo excelente: de un modo sistemático los historiadores de economía han sobrestimado o subestimado la importancia de aquella iniciativa en una forma que indica de modo inequívoco la existencia de convicciones precientíficas. Aun las

deducciones estadísticas pierden la objetividad que en buena lógica debiera caracterizarlas cuando están en debate puntos ideológicamente importantes.⁷ Y algunas de las mareas sociológicas, psicológicas, antropológicas y biológicas que nos invaden están tan viciadas ideológicamente que, contemplando el estado de cosas en ellas reinante, el economista puede a veces derivar solaz de su comparación. Si tuviéramos tiempo podríamos observar el mismo fenómeno en todas partes: que las ideologías cristalizan, que se convierten en credos de momento impenetrables al razonamiento; que encuentran defensores que empeñan su misma alma en la lucha por ellas.

Apenas conforta postular, como ya se ha hecho algunas veces, la existencia de mentes apartadas inmunes al fondo ideológico y por hipótesis capaces de vencerlo. Tales mentes pueden existir y, en verdad, es fácil ver que ciertos grupos sociales están más alejados que otros de esos sectores de la vida social en los que las ideologías adquieren vigor adicional en los conflictos económicos o políticos. Pero si bien pueden estar relativamente libres de las ideologías del profesional, desarrollan ideologías propias no menos deformantes. Es más consolador observar que ninguna ideología económica es eterna y que, con una probabilidad que se aproxima a la certeza, de vez en cuando nos desprendemos de ellas. Y esto es así no sólo porque los módulos sociales cambian y, al cambiar, toda ideología económica ha de marchitarse, sino también por la relación que la ideología guarda con el acto cognoscitivo precientífico al que hemos llamado visión. Puesto que tal acto provoca la investigación y el

⁷ No sé de ningún caso en que las reglas de las consecuencias hayan sido ideológicamente quebrantadas. Son más frecuentes los casos en que el rigor de las pruebas se relaja o se acrece según el significado ideológico del postulado en debate. Como la aceptación o repudiación de un resultado estadístico dado implica siempre cierto riesgo de error, las simples variaciones en el grado en que se quiera incurrir en tal riesgo bastan, independientemente de cualquier otra razón, para producir ese conocido estado de cosas en el cual dos estadísticos economistas sacan deducciones opuestas de las mismas cifras.

análisis y puesto que éstos tienden a destruir todo lo que no resiste su prueba, ninguna ideología económica podría sobrevivir indefinidamente ni siquiera en un mundo social estacionario. A medida que el tiempo transcurre y que esas pruebas se perfeccionan, cumplen su misión con más rapidez y eficacia. Y esto nos deja con el resultado de que siempre habrá de acompañarnos alguna ideología y estoy convencido de que así será.

Pero ésta no es una circunstancia infortunada. Conviene recordar otro aspecto de la relación entre ideología y lo que aquí hemos llamado visión o concepción. Ese acto cognoscitivo precientífico que es la fuente de nuestras ideologías, es también requisito de nuestro trabajo científico. En ninguna ciencia es posible emprender un nuevo camino sin él. A través de él adquirimos material nuevo para nuestros empeños científicos y algo que formular, defender o atacar. Nuestra suma de datos e instrumentos crece y se autorrejuvenece en el proceso. Y así, si bien marchamos despacio a causa de nuestras ideologías, tal vez sin ellas no marcharíamos en absoluto.